

Ver cómo están a la puerta
Los seis niños sin jugar,
Pensando en la madre muerta.

Con aspereza inaudita
Riñe a aquellas criaturas,
El blando colchón las quita,
Las deja solas y a oscuras
Y acalla a golpes su grito.

De hambre y de sed y de miedo,
Y tan lastimosamente
Que en ello pensar no puedo,
Sin agua, pan, luz ni gente,
Lloran los niños muy quedo.

Pero su llanto al oído
Materno llega en la fosa,
Y «Para verlos te pido
Licencia» en tono sentido
Decir a Dios Berta osa.

Ruega más y, al fin, se ablanda
El Señor, y su demanda
Obtiene propicio fallo:
Que esté de vuelta le manda
Al primer canto del gallo.

Sobre sus débiles pies
Del ataúd se levanta

Berta, y marchando al través
De la campiña, la res
Huye y el mastín se espanta.

Hállase con la mayor
De las niñas en la puerta,
Y dícela con amor:
—«¿Qué estás haciendo despierta
Y así del frío al rigor?»

¿Tus hermanos dónde están?
Vosotros sois el imán
Que aquí me atrae, hija mía.»
Y la niña respondía
A tan cariñoso afán:

—«No sois mi madre; ella era
Alegre y blanca y rosada;
Vos sois pálida cual cera,
Y ni os sonreís siquiera,
Y la diestra os siento helada.»

—«Posible no hubiera sido
Que alegre y bella me vieses,
Del alma objeto querido,
Cuando hace más de ocho meses
Que en el sepulcro he dormido.»

De la niña acompañada
Que la contempla asustada,

En el dormitorio entra,
Y en llanto la faz bañada
A los chiquillos encuentra.

Del uno el traje cepilla,
Peina al segundo el cabello,
Besa al otro la mejilla,
Junto al jergón se arrodilla
En que dormita el más bello.

Todo lo arregla y dispone,
Toma al infante del lecho,
Le ciñe en abrazo estrecho
Y en su regazo le pone
Como para darle el pecho.

Manda llamar al marido
Con la niña; Pedro viene
Y está de terror transido;
Con la dulce voz que tiene,
Berta le dice al oído:

—«Pan, colchones y bujías
Para nuestras criaturas
Dejé, y sin comer los días
Pasan y las noches frías
Sobre la paja y a oscuras.

Si prolongas tu descuido
Y de nuevo, a su gemido,

Dejo mi ataúd desierto,
Que algún mal desconocido
Os sobrevendrá te advierto.

Mas canta el gallo y termina
El plazo que me fijara
La Omnipotencia divina.» —
Dice, y al umbral camina
Berta sin volver la cara.

Desde aquella noche, cuando,
De la aldea en los confines,
A los esposos el blando
Sueño interrumpen ladrando
Los alarmados mastines,

A los niños de comer
Llevan Pedro y su mujer,
Y con pavor se le junta
Ella, recelando ver
El alma de la difunta.

LA RESTITUCIÓN.

Sus posesiones campestres
Mórten recorriendo vá.
Cabalga en un potro, cabalga, y un día
Sintióse atacado de súbito mal.

Dejó a la ermita su oro
Y al convento su corcel;
Su cuerpo los monjes piadosos sepultan
No lejos, de tierra bendita en seis pies.

Iba Folmer a otro día
Del llano al través, y vió
Que Mórten cabalga, que Mórten le sigue,
Y aquél se detiene, temblando y sin voz.

—Óyeme, le dice Mórten;
Depón tu miedo pueril;
No trato de hacerte, Folmer, daño alguno.
—Mas ¿cómo te acercas? ¡Tu entierro ayer ví!

—No es un proceso pendiente
Ni de riquezas la sed
Lo que háceme agora salir del sepulcro
Do entraron mis miembros cansados ayer.

De dos huerfanillas pobres
La reducida heredad
Uní yo a la mía por medios injustos,
Y Dios enojado me oculta su faz.

Antes de entrar a tu casa,
Folmer, a mi esposa dí
Que vuelva a esas niñas el campo de trigo
Plantado hacia el Norte, del bosque al confín.

Si te pide señas, dila
Que con luz y en vela esté
Orando en su alcoba, y allí dibujarse
Mi sombra esta noche verá en la pared.

—Restituído en la tarde
El campo, Mórten, será;
A fe de cristiano lo juro; ya puedes
Volver al sepulcro y en él descansar.

1861.

PODER DE LA MÚSICA.

De la selva en noche fría
Vuelve a su choza Gusmar:
Ni harina ni espigas de trigo halla en torno,
Y es fuerza a los niños hambrientos dar pan.

Pálido el rostro, a su entrada,
Se adelantan hacia él
Los tiernos gemelos, con voz suplicante
Diciéndole a un tiempo: — ¿Nos das de comer?

—¡Nada traigo! ¡De nosotros
Dios se compadezca al fin!
El padre responde, y, oyendo esta frase,
Los cándidos niños replican así:

—Cuando en su ataúd llevada
Nuestra buena madre fué
Al valle sombrío cercano a la iglesia
Y allí la enterraron tres días va a hacer;

De pan nos diste un pedazo
Que el lloro tuyo ablandó.
¿Era ese mendrugo, acaso, el postrero?
—¡Ni un haz de mi leña vender pude hoy!

El Señor tendrá mañana
De sus criaturas piedad.
¡Oh si yo mis fuerzas prestaros pudiese!
Viendo un arpa antigua, les dice Gusmar.

Descuélgala, y, de sus cuerdas
Al oír la dulce voz,
Sus quejas suspenden los niños, y a poco
Sincera alegría su faz animó.

La suya Gusmar desvía
Su llanto para ocultar;
Toca un són alegre; bailando los niños
Se agitan y cansan; dormidos ya están.

Al verles, el padre exclama
Junto al mísero jergón:
«¡Salud del que pena, refugio del pobre,
Arranca en mis hijos su presa al dolor!»

Y de Gusmar la plegaria
Oída en el cielo fué;
El día amanece; mas duermen los niños
De Dios en el seno, sin hambre ni sed.

LA PAZ DEL ALMA.

Del arroyo sentada en la ribera,
Baña en la clara linfa el pie desnudo
Joven gentil, y dícela parlera
Un ave, suspendiendo el vuelo rudo:
—Puesto que aquí te bañas,
No agites con tu planta el arroyuelo,
Que si su espejo cristalino empañas
No se verá ya en él límpido el cielo.

Anegados en llanto alza los ojos
Ella hacia el ave, y tímida responde:
—No que la linfa enturbie te dé enojos;
De nuevo quedará limpia y serena.
Mas ¿por qué, si me viste en otros días
Junto al pastor en la pradera amena,
Solicita cual hoy no le decías:
«No la quietud alteres de su alma,
Que, trocado una vez tu amor en hielo,
Siempre verá, sin recobrar la calma,
Turbias las fuentes y anublado el cielo?»